

VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del
MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2015.

Tiempo, memoria y olvido. Articulaciones con un caso clínico.

Noejovich, Daniela.

Cita:

Noejovich, Daniela (2015). *Tiempo, memoria y olvido. Articulaciones con un caso clínico. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/233>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/0RW>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

TIEMPO, MEMORIA Y OLVIDO. ARTICULACIONES CON UN CASO CLÍNICO

Noejovich, Daniela
Hospital Borda. Argentina

RESUMEN

Se desplegarán en este escrito algunas consideraciones respecto al interjuego entre nociones complejas que atraviesan nuestra práctica: el tiempo, el recuerdo, la memoria. Es la intención poder pensar cómo estas cuestiones se personifican de manera vívida en un recorte clínico, aspirando a transmitir cómo la complejidad que el tiempo comporta se encarna en el devenir de esta paciente, y teniendo en cuenta que todos nos vemos enfrentados a la tarea de lidiar con la temporalidad no sólo en la clínica, sino en nuestra propia realidad de todos los días. Se realizará un retorno sobre la experiencia para compartir una lectura y reflexión del difícil esfuerzo que requiere el poder hacer algo con el pasado que portamos para que se transforme en una experiencia fértil y útil para nuestro presente y para la construcción de un futuro posible.

Palabras clave

Tiempo, Recuerdo, Memoria, Olvido

ABSTRACT

TIME, MEMORY AND OBLIVION. ARTICULATIONS WITH A CLINICAL CASE

Some considerations about the interrelationship between complex notions that cross our practice: the time, the reminiscence, the memory, will be displayed in this writing. It is the intention to be able to think how these questions are personified in a vivid way in a clinical cut, aspiring to transmit how the complexity that the time implies takes place in the develop of this patient, and bearing in mind that we all face the task of fighting with the temporality not only in the clinic, but in our own reality of every day. A return on the experience will be realized to share a reading and reflection of the difficult effort that requires the power to do something with the past that we carry in order that it transforms in a fertile and useful experience for our present and for the construction of a possible future.

Key words

Time, Reminiscence, Memory, Oblivion

El tiempo siempre ha sido una temática que demanda un trabajo de pensamiento y elaboración al ser humano, para así evitar que devenga algo estanco, y recobre toda la eficacia y fuerza de la que es capaz. Convertir un pasado colmado de recuerdos de todo tipo en algo vivo y potente no es algo que va de suyo, y evitar que aquel se convierta en un bloque duro y clausurado requerirá de una posición activa de cada sujeto respecto a ese particular bagaje con el que cuenta. Se trata de cuestiones que confrontan el ideal de armonía y equilibrio entre las diferentes instancias temporales que atraviesan a una persona, ya que parece ser una de las cosas de la vida que pueden promover intensos padecimientos y malestares si se escatima el complejo trabajo al que debemos dedicarnos día a día, momento a momento, para alcanzar el entrelazamiento singular que le

permita a cada quién transitar su presente, apoyado en un pasado y con miras a un porvenir que siempre está cerca.

El caso

F., de 56 años, me es derivada en el Servicio de Consultorios Externos del hospital en el que trabajo, en junio del 2013. Cuando la recibo por primera vez, casi instantáneamente se sienta y comienza a desplegar un chorro de palabras que parecía interminable. Dice estar casada hace 38 años con L., y que tiene dos hijos y 4 nietos. Va pasando de un tema al otro y expresa: “*dicen que yo estoy loca*”. A medida que va hablando de una y otra cosa me pregunta si la entiendo, si le creo, si me confunde; manifiesta que “*ella es así... habla mucho sin parar pero no se cansa*”, y me pregunta: “*¿me vas a soportar?*”.

Es notorio el empeño que parece poner en retener y comentar distintos hechos de su pasado de manera esquemática y repetitiva. Cuenta por ejemplo que a los 22 años comenzó a tener “*convulsiones*”: Se le iba la lengua para atrás, sentía dolor de cabeza, tristeza, se desmayaba, tenía temblores, lloraba porque no se podía descargar: “*yo me acelero, me agarra estado emocional... revivio lo que cuento*”, y que a los 15 años conoce a su marido y pronto queda embarazada, decidiendo sus padres y los de L. que se casen. Expresa en diversas ocasiones que recuerda que su padre les decía a ella y sus hermanas “*desgraciadas hijas de...*” y las obligaba a que hagan cosas en la casa. F. dice ser una “*seguidora del padre*”, hacía lo que le pedía, era “*la preferida*”. Luego de que este se pega un tiro, “*toma al hermano como padre*”; su mamá siempre se inclinó más hacia su hermana mayor, a ella la rechazó. Al cumplirse 21 años desde la muerte del padre, manifiesta estar en “*estado emocional*”, comenta que él era muy cascarrabias, de chico si un hermano se portaba mal les pegaba a todos, tomaba vino, “*era un hijo de...*”; el cariño de sus padres era “*un cachetazo, no había abrazos*”, “*no me podía desahogar con mi papá porque le tenía tanto respeto, era malo*”.

En una de las primeras entrevistas le pregunto si querría sostener este espacio y para qué, ella pregunta si yo quiero seguir con ella y ser “*su psicóloga, su profesora*”. Le ofrezco ayudarla a tratar de ordenar y distinguir lo que dice y recuerda, para que pueda aliviarse de su pasado, el cual parece revivirlo con mucho padecimiento. Trae muchas fotos de sus familiares para mostrarme, me explica los momentos de cada una y lo que dicen detrás (escrito por ella). Empiezo a pedirle que haga un recorte y ubique un par que más le gusten. Intento introducir cierto olvido como algo posible e ir traduciendo, frenando, recortando puntos en su discurso debido a la gran cantidad de cosas que cuenta; ella dice que es lo que necesita y le había pedido al Dr.

F. repite una y otra vez que tiene nostalgia, se pregunta por qué se casó tan joven y se prohibió vivir algunas cosas. Expresa que quiere morirse primero porque a ella “*nadie la quiere*” y ella no se quiere a sí misma porque no se controla, no se puede callar. Piensa que como dice todo lo que piensa me lastima a mí con eso, como

lastima a los otros. Cuando no habla, todo le queda en la cabeza. O se queda callada y piensan que le pasa algo, o interrumpe y los demás se alejan (dice por esto no tener amigos ni vecinos con los cuales salir). Por otro lado, dice que querría poder registrar las conversaciones con su marido. Él no le cree cuando está cansada: *“Es como si yo fuera la sirvienta de mi casa”; “yo disimulo cuando hago el sexo con él”; “él se piensa que puede hacerlo cuando quiera”, “hoy me toca el último trabajo”* (sexo). *“No siento nada en todos estos años”, “para mí es una obligación”*. No lo disfruta como hace 30 años: *“cuando era joven sí se sentía, era como color de rosas”*. Refiere luego que se sintió mucho mejor desde que lo hablamos y que pudo decirle a su marido que necesita descansar, estar tranquila, menos cama.

Se establece la importancia que adquiere el retroceder, “revivir” el pasado, la época en que estaban de novios, para poder experimentar momentos de placer con su marido, quien es “todo” para ella (*“los dos somos uno”*). Es decir, esta “sobre-rememoración” cubre también el plano de su sexualidad. Pero, a su vez, poco a poco el diálogo con su esposo se hará más presente y F. podrá expresarle lo que le sucede. Dirá estar más relajada ya que *“se sacó el tabú”* y que *“se acuerda de mí y lo que hablamos porque la ayudo y ella me quiere... se da cuenta de que me preocupo por ella”*. Después de años de sostener el malestar respecto a ese y otros aspectos del vínculo con su pareja, F. comienza más notablemente a poder conversar de ello, a *“desahogarse”*, también a dejar de tenerle *“temor a la noche”* y sentirse más cariñosa y menos seca o seria en los momentos en que elige tener intimidad con él. Se comienzan a introducir algunas diferencias entre la época en que se crió, en la que había *“mucho tabú, reprimencia, vergüenza”*, ya que no se hablaba para nada del sexo y otros temas, y la época actual, en la que hay otra actitud y libertad para abordar estas temáticas.

Constantemente F. se pregunta, y me pregunta: *“¿Por qué yo lo de atrás no me lo puedo sacar?”*, *“¿Por qué me acuerdo todo el pasado y lo de hoy no?”*, *“El pasado, ¿se lo puede olvidar?”*, a lo cual en algún momento le devuelvo si cree que podemos intentar juntas construir otra perspectiva en relación al pasado, ella responde *“yo no”, “son recuerdos que tenemos como tabú... me pongo seria me acuerdo y me enojo”*. Dirá también: *“Por todo lo que viví, un pasado no se puede olvidar”*, por lo cual piensa en *“dejarlo pasar para poder disfrutar ahora”*. De a poco, al abordar este tema, intento introducir que quizás no se trate de apuntar a olvidar totalmente el pasado, sino explorar si se puede verlo ahora desde otro lugar, y teniendo en cuenta que puede pensarse también un presente diferente, donde ella ya no es exactamente la misma de antes, sino en proceso de cambio y con un futuro por construir.

A la par de este trabajo con ella, emergerá una situación compleja de asumir y atravesar: su madre comienza a manifestar signos que devienen en el diagnóstico de enfermedad de Alzheimer, patología que F. parece no poder enunciar, como le sucede con muchas otras cuestiones, y que me solicita una y otra vez que *“le traduzca”* (que ante sus explicaciones yo enuncie las denominaciones que ella no puede nombrar). Y justamente en F., será llamativo su esfuerzo por lidiar con el estado de su madre: la desorientación, las conductas extrañas y sobre todo el progresivo olvido. Es notable al mismo tiempo la recurrencia de ciertas escenas que parece recordar de manera casi fotográfica, y que suele reproducir para dar cuenta, por ejemplo, de *“todo el pasado que ella pasó... las cosas que ella vio y nosotros no”*. Por momentos, parece además que una gran parte de ella pervive en la casa paterna, las escenas vividas y rememoradas en relación a sus padres y hermanos, las costumbres y hábitos de ese entonces.

Considero que su particular modo de experimentar su pasado y de posicionarse frente a las experiencias vividas como algo duro que no permitiría la posibilidad de ser tocado, moldeado, reconfigurado a partir de una mirada diferente, como hechos de una poderosa determinación e incuestionables, influye en su dificultad actual para transitar su día a día y vivenciar de manera más agradable sus vínculos. Así, adquieren un lugar preeminente afectos como el resentimiento y la bronca, casi siempre ligados a sus ideas rígidas de que no la quieren, no le creen, no le dan un lugar, le reprochan cosas. También marcará una diferencia entre cómo es y se muestra conmigo en el consultorio y cómo suele ser *“allá”*, en su casa, con su familia, núcleo espacial y relacional alrededor del cual circula y donde se concentran sus padecimientos: *“soy dos cosas diferentes, dos personas, como el hombre lobo cuando se convierte... acá una persona hablando bien, me desahogo por lo que no puedo decirles a ellos”*.

Hace un tiempo, manifiesta haber tenido *“dos días de convulsiones”* (*“me quedo dura, no siento nada, estoy en tensión, perdida, no veo nada”*), los cuales relaciona con lo que le está pasando a su madre. Le agarra *“nostalgia, estado emocional”* al ir a su casa materna, al ver cómo la vida se le pasó volando, todo lo que no pudo disfrutar con su marido: *“la casa nos quedó grande”, “me quedo pensativa, vivo pensando en lo de atrás, la mente se me vuelve para atrás, me vuelvo a acordar de todo lo que pasé”,* le agarra *“la convulsión”* porque está abstraída, le vuelve el pasado, se queda separada de la realidad, siente que lo está reviviendo, *“paso por paso me acuerdo de todo”*. Siente a veces que no tiene control de su cuerpo: *“me siento desvanecida”*.

Poco a poco y con ondulaciones, F. comenzará a situar su intento por *“dejar las cosas del pasado, volver al presente”*, y por momentos logra sentirse más serena y a gusto con sus familiares más cercanos y disfrutar con su marido. *“Yo cambié, dejé atrás el pasado, me siento cambiada al 100%, en la manera de hablar, estoy más femenina, arreglada... empiezo a sonreír un poco más, uso más palabras”, “yo a mi papá me lo saqué un poco de encima... era muy estricto, ahora no lo vamos a ponderar”*. Empieza también a surgir cierto cuestionamiento en torno a sus hermanos y cómo cada uno se maneja respecto a la enfermedad de su madre y el dinero, distanciándose incluso de su hermano por no aceptar la actitud y el maltrato de éste (*“mi hermano es como un árbol que se le cayeron las hojas”*); por otro lado, cambia y se vuelve más cercana la relación con su hija, se vuelven *“más compañeras”*. Aunque en diversas ocasiones ubica que ya *“no es la misma F. de antes, tan nerviosa y angustiada”*, y que ahora *“toma las cosas con soda”*, continuará volviendo a temas de su pasado y trayendo fotos de su casa, hijos y marido manifestando que ahora *“es otra época”*. La comparación entre los diferentes períodos y generaciones es usual, quedando por lo general en un lugar menoscabado el presente con relación al pasado.

F. vive constantemente con la sensación de que *“no le creen”* y en varias ocasiones manifiesta que quisiera tener un grabador para poder dar cuenta de todo lo que dice y de que no miente. Con esta misma intención, trae dos veces a su marido para que él también demuestre lo que le pasa. Esta cuestión, puede vincularse con cierto anhelo de control absoluto de lo que se dice en términos literales y explícitos, para que nada de ello pueda escapar o perderse en su transmisión (esto se repite en el recurso continuo a las fotos y otros registros materiales, como intento por congelar los acontecimientos en imágenes fijas que no dejen por fuera nada de lo sucedido). F. expresa de manera muy ilustrativa: *“el pasado yo lo tengo como un presente, no pasó... la vida se vive dos veces”*. Hace poco, le recomiendo una película y ella luego de

un tiempo trae la copia para que yo pueda cerciorarme de que la compré y miró, comenta haber estado muy preocupada porque no la encontraba y no saber por lo tanto cómo demostrarme que la tenía realmente. En ese momento ubico que sólo con su palabra hubiera bastado, no es necesario que todo lo demuestre, a lo cual contesta muy sorprendida “¡ah, usted me cree!”.

Progresivamente, dejará de traer sus fotos tan seguido, y expresará que se siente contenta porque ella y su familia la ven diferente, está con otro ánimo, menos renegada. Seguirá en el esfuerzo de lidiar con lo que le sucede a su mamá, tomando por momentos cierta distancia de la casa de su infancia y su familia debido a que allí se transforma, se siente más acelerada, nostálgica, “*vuelvo para atrás en la casa de mi mamá, me transformo, vuelvo a la niñez... a cuando tenía 13, 14 años y mi mamá me dijo “tenés una semillita en la panza”, “quiero retroceder a cuando me casé, embarazada, con mi marido”, “yo quiero que mi mamá se ocupe de mí”*. Dirá también “*me estoy cansando, yo tengo 2 hijos, 5 nietos, nosotros somos el obelisco que los ayuda a todos*”. Empieza a caminar, verse bien por ella, intentar salir más, “*las cosas se pueden cambiar, se están modificando porque yo hice fuerza para cambiar, arreglarme más, estar callada, me dejan opinar, escucho*”, no es la misma F. de hace un año y medio: “*estoy más aliviada, más distinta, antes para mí la situación era de vida o muerte*”.

Frente al malestar que le genera la situación tensa y de distancia con sus hermanos, manifiesta tener el deseo de volver a nacer donde nació, con su papá y mamá, volver para atrás y estar con sus hermanos, jugar, también contestarle a su papá y preguntarle por qué les pegaba, ya que de chica “*no podía hablar*”. En el último tiempo, señalará que lo principal que viene pensando es “*cómo dejar de lado a mis hermanos que ya crecimos... dejo aparte un poco eso y ahora el mundo de F.: L., los hijos, los nietos...*”. “*Cuando yo vine lloraba mucho, no me sacaba a mi papá y mi mamá de la cabeza... ya nos crió, listo, chau... Mi papá me lo sacó ud.*”. Dice a su vez sentirse más tranquila con el tema del pasado: “*¿ud. no se da cuenta que con ud. ya no nombro tanto a mi familia de antes?*”. Ella misma manifestará que su cerebro está agotado, que se va desgastando y necesita reposar, “*es muy cansador tener todos los recuerdos, canso a los otros con todo lo que digo*”. “*Ahora que estoy mayor pienso más en el hoy... dejar el pasado para atrás para dejar descansar al cerebro*”.

Debido a la particular relación de F. con su pasado, se viene intentando en el tratamiento comenzar a fisurar algo de sus recuerdos, para que pueda permitirse cierto olvido y poder perder algo de ello, ya que su memoria parece ligada al resentimiento, y cargar incesantemente con todo el pasado le produce un enorme peso y promueve un estado de angustia casi constante. F. parece defenderse y poner distancia de lo que podría producirle el ser tocada y afectada por el otro, con una secuencia compacta e interminable de palabras. No se trata de quitarle todo valor al pasado y los recuerdos, sino de introducir una perspectiva diferente en relación a la memoria, que no sea puro calco o revivificación, a la manera de un registro en el que no pueden entrar la diferencia, la novedad y la reelaboración desde la variedad de miradas posibles. La memoria de la casa paterna la persigue, cuestión que se agudiza por momentos frente a la enfermedad de su madre que la desestabiliza; ella parece cuidar esa memoria con un exceso, lo cual también emerge y se redobra por la significación rígida respecto a cómo era ella en su infancia y adolescencia, durante las cuales no podía hablar y sus padres “*la dominaban*”. F. re-vive en el pasado, lo experimenta en el cuerpo, el pensamiento y el discurso, ejerce un control pesado y sufriente sobre lo vivido pretendiendo que nada se

escape, que todo permanezca, que no advenga una cuota de olvido, tan necesaria a veces para habitar un mundo más vivo y saludable. El aferramiento por momentos mortífero a los recuerdos, promueve que estos devengan así en puntos duros y estancados, dificultando la reelaboración y la creación de nuevas historias y modos posibles de estar con los otros. Por todas estas cuestiones, se fue intentando pensar también que hay esperables diferencias y modificaciones de una época a otra, con la intención de relativizar su creencia de que todo debe persistir como lo era “en su generación” (como por ejemplo, los roles del hombre y la mujer, cómo debe ser un matrimonio, cómo comportarse con los hijos etc.), de que lo nuevo es malo o atemorizante.

A partir de esta lectura del caso, desplegaré algunas líneas y articulaciones posibles que me permitieron pensar el recorte clínico e ir generando un acercamiento a la temática.

La vida como continuidad entre pasado-presente-porvenir

Para Bergson, la conciencia significa memoria y anticipación, es sinónimo de elección. Para que pueda desarrollar sus tareas, para que pueda crearse el porvenir hace falta preparar en el presente algo de él mediante la utilización de lo que ha sido; la vida se dedica a conservar el pasado y a anticiparse sobre el porvenir en una duración en la cual pasado, presente y futuro se montan uno sobre el otro y forman una continuidad indivisa (2012, p. 26). Uno de los grandes triunfos de la vida se da cuando el hombre continuamente llamado a apoyarse sobre la totalidad de su pasado, logra hacer fuerza de manera tanto más potente sobre su porvenir (2012, p. 38).

La realidad viva es una continuidad de devenir, donde cada elemento contiene algo de lo que le precede y algo de lo que le sigue, tratándose entonces de estados mixtos e impuros (1963, p. 356). Según Bergson, es el cuerpo el que puede ser pensado como un “límite móvil entre el porvenir y el pasado, como una punta en movimiento que nuestro pasado arrojase incesantemente en nuestro porvenir” (1963, p. 296). Asimismo, hay también un trabajo del espíritu, que irá a buscar en el pasado, para dirigirlos sobre el presente, las representaciones más capaces de insertarse en la situación actual.

En cuanto a la memoria, sitúa que podrían representarse dos tipos teóricamente independientes:

La primera registraría, bajo forma de imágenes-recuerdos, todos los sucesos de nuestra vida cotidiana a medida que se desenvuelven; no despreciaría ningún detalle; dejaría a cada hecho, a cada gesto, su lugar y su fecha. Sin segunda intención de utilidad o de aplicación práctica, almacenaría el pasado por el solo efecto de una necesidad natural. (...) Pero toda percepción se prolonga en acción naciente; y a medida que las imágenes, una vez percibidas, se fijan y se alinean en esta memoria, los movimientos que las continuaban modifican el organismo, crean en el cuerpo disposiciones nuevas para actuar. Así se forma una experiencia de otro orden y que se deposita en el cuerpo, una serie de mecanismos perfectamente montados (...). Esta conciencia de todo un pasado de esfuerzos almacenado en el presente es todavía una memoria, pero una memoria profundamente diferente de la primera, siempre tendida hacia la acción, asida al presente y atendiendo sólo al futuro (...). Es una memoria activa, motriz, que prolonga el efecto útil de los recuerdos hasta el momento presente (1963, p. 299-300).

A mi entender, podría pensarse que en el caso se presenta una tendencia a quedar adherida a ese primer funcionamiento de la memoria: abundan de modo repetitivo y casi fotográfico los detalles de lugar, de fecha, retornan las mismas frases y resalta la pertinaz actitud de la paciente por conservar de manera fija los hechos y vicisitudes. Como es de esperar, esta posición demanda una cantidad

de energía enorme para ella a todo nivel, y podemos pensar que algunas de las manifestaciones corporales que padece desde hace ya mucho tiempo son una mostración del afán de control y manejo que ejerce sobre su pasado para mantenerlo a raya, inmóvil, conocido. Supuestas convulsiones y crisis en su cuerpo, dolores varios, expresiones de todo tipo, pueden hipotéticamente ser pensados como instantes de huida en que aquel control se detiene y algo parece liberarse y descargarse de manera desorganizada, momentos en que puede fugarse fallidamente de la memoria para no estallar de una manera más radical.

Los recuerdos personales, que dibujan el curso de nuestra existencia pasada, constituyen la última y la más amplia envoltura de nuestra memoria. Siendo esencialmente fugitivos, no se materializan sino por azar (Bergson, 1963, p. 326). Al alejarse estos recuerdos de su forma personal y original, se vuelven más capaces de aplicarse a las percepciones presentes y colaborar con la acción. Contrariamente, las imágenes pasadas que se reproducen con todos sus detalles y hasta con su coloración afectiva son las imágenes del ensueño o la ilusión; lo que se llama actuar, es obtener que esta memoria se contraiga, se afile más y más hasta no presentar más que el corte de su hoja a la experiencia que ella penetra (1963, p. 327).

Es posible ver entonces la necesidad de que el pasado tenga un lugar concreto en nuestro presente, pero en tanto material presto a metamorfosearse, para que continúe vivo y no se hunda en una completa oscuridad. Se trata de una perspectiva que toma a los recuerdos como elementos que pueden completar y enriquecer nuestras experiencias presentes, ayudándonos a discernir cómo actuar, penetrándose mutuamente percepción y recuerdo y volviéndose este último activo, real, corpóreo.

En esta misma línea, Bergson expresa que nuestro pasado está por completo presente a nosotros de tal manera que nuestra conciencia no tiene necesidad de agregarse nada extraño para tener su revelación: “para percibir distintamente todo lo que contiene o más bien todo lo que es, no tiene más que desechar un obstáculo, levantar un velo. ¡Feliz obstáculo, por otra parte!, ¡velo infinitamente precioso! (2012, p. 70). “Ahora, si la atención a la vida llega a debilitarse un instante (...) entonces la mente, cuya mirada era forzosamente mantenida hacia delante se distiende y por ello mismo se vuelve hacia atrás; reencuentra allí toda su historia” (2012, p. 88).

La vida de vigilia, a diferencia de lo que se produce por ejemplo en el dormir durante el cual hay un relajamiento, es una constante elección de los recuerdos y sensaciones que mejor puedan adaptarse a la situación actual y permitir el querer, el actuar. Puede pensarse entonces que hay un debilitamiento de este mecanismo que promueve en la paciente esa sensación de estar constantemente reviviendo su historia. Es decir, habría dificultades en el mantenimiento y operación de ese velo que viene oscurecer del pasado todo aquello que no sea utilizable para preparar el porvenir, inundando y confundiendo así al sujeto con numerosos recuerdos que retornan una y otra vez de manera casi idéntica y repetitiva. Por la coagulación en esa historia que deviene avasallante, la realidad, el momento actual y la percepción del presente pierden solidez y se acompañan siempre de otra cosa que parece estar detrás.

Según la lectura de Deleuze, la importancia del porvenir y de la producción de novedad en Bergson se explican “por la manera en que el pasado -presente por entero en cada momento de nuestra vida- presenta cada vez aspectos diferentes de sí mismo para alumbrar con un sentido nuevo una situación ella misma siempre original y nueva” (Lapoujade, 2011, p. 14). “El pasado es un mundo paralelo al del presente, no está <<detrás>> nuestro sino *al lado* nuestro” (2011, p. 15-16); puede pensarse no como reserva de sentido sino

como “energía espiritual”, memoria activa, informada por la vida. Deleuze distingue entonces una memoria ontológica, “una memoria del pasado en sí, del recuerdo puro, virtual, impasible, inactivo e inútil, y una memoria psicológica, <<encarnada>>, que hace servir ese pasado a sus fines” (2011, p. 16).

En cuanto a la relación que se tenga con el tiempo, tanto la melancolía como la espera son pensadas como figuras de la desdicha ya que en ambos casos “el tiempo no pasa o bien pasa afuera, de manera abstracta”, mientras se vive en el encierro de la añoranza o la espera. “El curso del tiempo está sometido a un orden imperioso que les priva de todo presente” (Lapoujade, 2011, p. 11). En contraposición, “aquel que vive exclusivamente en el presente ya no capta el pasaje del tiempo puesto que cierra las otras dos dimensiones de tiempo sobre la puntualidad del <<ahora>>”; el tiempo se convierte en un marco exterior que no afecta a aquellos que se han encerrado de ese modo, deviniendo en subjetividades clausuradas, encerradas en el interior de su destino. La historia es pensada desde el marco de la necesidad, dificultándose la posibilidad de que advengan acontecimientos, afectaciones (2011, p. 11-12).

El olvido como fuerza activa y positiva

Nietzsche enfatiza la importancia de que se impida que las trazas mnémicas invadan la conciencia, para lo cual es necesaria

Una fuerza activa, distinta y delegada [que] debe apoyar la conciencia y reconstituir en cada instante su frescura, su fluidez, su elemento químico móvil y ligero. Esta facultad activa supraconsciente es la facultad del olvido. El error de la filosofía consistió en tratar el olvido como una determinación negativa, sin descubrir su carácter activo y positivo (1994, p. 159-160).

Para el autor, el olvido sería una facultad de entorpecimiento, “un aparato de amortiguamiento, una fuerza plástica, regenerativa y curativa” que permitiría generar un sitio para cosas nuevas; “ninguna felicidad, ninguna serenidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ningún goce del estado presente podrían existir sin la facultad del olvido” (1994, p. 160). Cuando ésta no opera, el hombre queda inmerso en el resentimiento, las trazas mnémicas invaden la conciencia. El síntoma principal en “el hombre del resentimiento” es una prodigiosa memoria; la incapacidad de olvidar algo, la facultad de no olvidar nada (1994, p. 163). Así, “no se consigue desembarazarse de nada, no se llega a rechazar nada. Todo hierre. Los hombres y las cosas se aproximan más de lo necesario; cualquier acontecimiento deja huellas; el recuerdo es una llaga purulenta” (1994, p. 164). Por esto, se tratará de ver cómo la conciencia puede construirse una memoria a su medida, que ya no se base en sus trazas (1994, p. 162).

En esta misma línea, en “Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida”, Nietzsche ubica que la historia no puede utilizarse como forma de apartarnos de la vida y de la acción: “Tan solo en cuanto la historia está al servicio de la vida queremos servir a la historia” (1873, p. 1). Manifiesta además que tanto en la ínfima como en la máxima felicidad, siempre un elemento hace que la felicidad sea tal: la capacidad de olvidar, de sentir de forma no-histórica mientras la felicidad dura. “Quien no es capaz de instalarse, olvidando todo el pasado, en el umbral del momento, (...) no sabrá qué cosa sea la felicidad y, peor aún, no estará en condiciones de hacer felices a los demás” (1873, p. 4). Es imposible poder vivir sin olvidar, “Toda acción requiere olvido: como la vida de todo ser orgánico requiere no solo luz sino también oscuridad” (1873, p. 5). Nietzsche señala que para precisar

El límite desde el cual lo pasado ha de olvidarse para que no se convierta en sepulcrero del presente, hay que saber con exactitud

cuánta es la fuerza plástica de un individuo, de un pueblo, de una cultura para crecer desde la propia esencia, transformar y asimilar lo que es pasado y extraño, cicatrizar las heridas, reparar las pérdidas, rehacer las formas destruidas. (...) La serenidad, la buena conciencia, la actitud gozosa, la confianza en el porvenir, todo eso depende (...) de que se sepa olvidar y se sepa recordar en el momento oportuno (1873, p. 5-6).

Su tesis sitúa entonces la importancia y necesidad tanto de lo histórico como lo ahistórico, en tanto cuestión fundamental que concierne a la salud de los individuos y los pueblos: "Cuando hay un predominio excesivo de la historia, la vida se desmorona y degenera y, en esta degeneración, arrastra también a la misma historia" (p. 10). Ubica así otro punto en concordancia con lo establecido en el anterior apartado: será necesario utilizar el pasado en beneficio de la vida y transformar los acontecimientos antiguos en historia presente (p. 6). En conclusión, tanto un exceso del lado de uno u otro de los polos promueven daños en el viviente.

Sobre la memoria: entre el recuerdo y el olvido

Manuel Cruz sitúa que la memoria no es espejo fiel, ni receptáculo neutro, "es solidaria del tiempo, pero no de una concepción lineal de él" (2007, p. 24), "representa un particular mecanismo de activación y actualización del pasado. Una forma, si se quiere, de luchar contra uno de sus efectos propios, el olvido". (2007 p. 20-21). La memoria dibuja la escena en la que se ha de actuar y es condición de posibilidad para la existencia del pasado, el cual "se resuelve en aquello que seamos capaces de hacer con él" (2007, p. 24).

Respecto al disgusto que en ocasiones puede provocar la evocación del pasado, Cruz señala que

El rechazo de la nostalgia, como forma extrema de ese movimiento, acaso sólo informe de nuestra incapacidad para enfrentarnos con la memoria de lo ocurrido (...) Equivale a aceptar que lo más importante, lo más significativo de la propia existencia, ya ha sucedido. Es frecuente situar ese (o esos) momento(s) en la adolescencia o la primera juventud, con lo cual la operación adquiere un signo extrañamente fatalista (...). Poco importa que las cosas realmente no ocurrieran tal como se las añora. La memoria es un poder activo y la nostalgia una agitación de la hora presente. Las cosas en su momento fueron imperfectas, agrídulces, cuando no desagradables. Evocación es el acto por el que decidimos ser proyecto o mero epígono de aquella ya lejana experiencia originaria (2007, p. 27).

Entonces, si bien la nostalgia es una forma que puede estar atravesada de tristeza, también puede ser una manera de poner a trabajar el pasado, movilizándolo e insuflándole nueva vida, convirtiéndose así en una vía de conocimiento, un importante antídoto contra el posible peligro de glorificar el pasado y también el presente (2007, p. 27). El inconveniente tal vez se presente cuando, como vimos en el caso, "la nostalgia" se convierte en el estandarte del sujeto y opera al modo de una condena a padecer continuamente por lo que ya pasó, siempre concebido como mejor que lo que es o podrá ser. Así, las fuerzas están de alguna manera concentradas en aferrarse a esos momentos, limitándose en gran medida la apertura hacia nuevas experimentaciones, sensaciones, proyecciones.

Por eso, creo que el problema se plantea cuando la operación del recuerdo y la nostalgia se ejercen desde una mera actitud comparativa, ya que es lo que le confiere a una de esas instancias temporales un ilusorio primado, quedando el sujeto en un estado de lamento por lo que fue y ya no será o de espera de algo que vendría a darse y que hace perder al momento presente todo su vigor. Nuevamente, la riqueza del momento presente emerge cuando se lo interpreta a la luz de la sabiduría del pasado o con las esperanzas

del futuro, sólo así adquiere relieve, luminosidad (Cruz, 2007, p. 28). Resaltaría entonces la importancia que comporta el poder pensar los diferentes momentos temporales no como categorías rígidas, lineales, claramente divididas y determinadas, sino justamente como momentos en un constante juego de interpenetración, movilidad, y múltiples relaciones e intercambios.

Ante la rotunda contraposición muchas veces postulada entre recuerdo y olvido, en donde a uno u otro le corresponde o bien el signo positivo o bien el negativo, M. Cruz sitúa que es probable que convenga introducir una perspectiva más matizada, en la que puedan distinguirse diversas modalidades tanto de la memoria como del olvido y extraerse las consecuencias pertinentes: "Como, por ejemplo, la de que puede haber variantes del olvido saludables, así como formas de recuerdo decididamente enfermizas (cuando no patológicas)"; recordar no puede ser pensado como un fin en sí mismo o como un valor supremo (2007, p. 80), como tampoco puede pregonarse el "imperio del olvido" que apunte al borramiento del ayer y la ausencia de un mañana, para habitar un supuesto presente absoluto.

Reflexiones finales

La infiltración constante de recuerdos sin ningún tipo de trabajo sobre ellos puede resultar perturbadora, promovedora de síntomas o fenómenos atormentadores y sin marco. La apropiación de esas vivencias y la construcción de una versión que vaya más allá de los hechos puede ser una vía posible para tratar de maniobrar con la basculación angustiante entre recuerdo y olvido. Una cuota de olvido promoverá tal vez la salud, una posibilidad de recomenzar, de dejar atrás por momentos lo vivido para no quedar absorbido por ello. Ni un recuerdo total ni un olvido absoluto podrían dar cuenta de ninguna experiencia humana. La oscilación entre algunos modos de recuerdo y ciertas formas y momentos de olvido sea quizás lo que ayude a soportar lo atravesado.

Vemos a partir de lo expuesto algunos puntos comunes que, a mi parecer, pueden resultar útiles tanto para la lectura y abordaje del caso, como para la reflexión acerca de esta compleja temática. Parece distinguirse que si no hubiera cierta capacidad de olvido de lo que se sintió ante determinadas situaciones y de la forma precisa en que se presentaron, no se puede generar algo nuevo. En este sentido, el pasado está en permanente movimiento y cambio. La intensidad, las sensaciones, la afectación de aquel momento pueden resignificarse y transformarse en una nueva construcción a partir de la afectación presente. Nietzsche plantea al olvido como fuerza activa (Deleuze, 2002), como potencia para poder romper con algo por cuenta propia, empezar desde otro punto y otorgar nuevos sentidos, en contraposición con la rumia del pasado, el resentimiento y la inercia. En esta misma línea Henri Bergson señala que el buen sentido consiste en saber recordar, pero más aún en saber olvidar, ya que se trata del esfuerzo de un espíritu que se acepta y se adapta incesantemente, variando de idea al cambiar de objeto, "Es una movilidad de la inteligencia, que se regula por la movilidad de las cosas. Es la continua movilidad de nuestra acción en la vida" (1985, p. 160). Miguel de Unamuno señala: "se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir" (1983, p. 31-32). A partir de estas consideraciones, es posible plantear una concepción de la memoria y del recuerdo como un interjuego entre permanencia y constante movimiento. Que el recuerdo se esfuerce por perseverar y devenir futuro, implica una apertura de lo vivido a su modificación, de acuerdo a las nuevas situaciones con

las que a cada persona le toque enfrentarse. No se trata entonces de hacer una apología del olvido, pero tampoco del recuerdo, sino de encontrar entre ambos modulaciones apropiadas, soportables y potencializadoras para cada quién.

BIBLIOGRAFÍA

- Bergson, H. (1963). *Obras escogidas*. Madrid: Aguilar.
- Bergson, H. (1985). *La Risa*. Madrid: Sarpe.
- Bergson, H. (2012). *La energía espiritual*. Buenos Aires: Cactus.
- Cruz, M. (2007). *Cómo hacer cosas con recuerdos. Sobre la utilidad de la memoria y la conveniencia de rendir cuentas*. Buenos Aires: Katz.
- Deleuze, G. (1994). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G. (2002). *La isla desierta y otros textos*. Madrid: Pre-textos.
- Deleuze, G. (2013). *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.
- De Unamuno, M. (1983). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Sarpe.
- Lapoujade, D. (2011). *Potencias del tiempo. Versiones de Bergson*. Buenos Aires: Cactus.
- Nietzsche, F. (1873). *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Extraído en diciembre de 2014 de: http://www.medellindigital.gov.co/Mediateca/repositorio%20de%20recursos/Nietzsche,%20Friedrich%20281844%20%E2%80%93%29/Nietzsche_Friedrich_Sobre%20La%20Utilidad%20Y%20Los%20Perjuicios%20De%20La%20Historia%20Para%20La%20Vida.pdf